Julio 1964 No. 42

[Año VII] LAP

VERBO.

FORMACION CIVICA Y ACCION DOCTRINAL SEGUN EL DERECHO NATURAL Y CRISTIANO

VERBO

JULIO 1964 Nº. 42

PARA UNA ACCION EN PROFUNDIDAD

Sabemos que el hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma. Y que todas las cosas sobre la faz de la Tierra, la vida social incluso, deben ordenarse a ese fin. Si así no fuera, ¿qué sentido tendría preocuparse del orden social, de la cosa pública? Más valdría dedicarse exclusivamente al apostolado individual.

Sin embargo, Pío XII nos advierte que "de la forma dada a la sociedad se sigue el bien o el mal de las almas".

Pero la reforma de las instituciones necesita de la reforma de las costumbres y ésta a su vez, para ser eficaz, para durar en el tiempo y extender su influencia bienhechora al mayor número, exige plasmarse en instituciones conformes al orden, conformes a los principios eternos y a la realidad concreta.

¿Cómo salir de este aparente círculo vicioso? Una cosa exige la otra y viceversa. ¿Por dónde, pues, comenzar?

La reforma social debe comenzar por una pequeña minoría que realice en sí su reforma de vida, reforma intelectual y moral. Luego, esta minoría deberá infundir su espíritu a las instituciones sociales, que como gigantesca palanca ejercerán luego una bienhechora influencia sobre el conjunto de la población, llegándose así a ese feliz equilibrio en que recíprocamente se apoyan e influyen el orden jurídico y la moral social.

Como vemos, la clave del asunto está en esa minoría escogida: levadura de la masa, sal que no deberá perder su sabor. No nos sorprenda ello, todo cuanto en el mundo se ha hecho para bien o para mal, ha sido la obra de pocos, a veces de un solo hombre.

Este es un tema sobre el que reiteradamente volvemos en VERBO, pero sobre el cual siempre se debe machacar, pues tenemos la tentación permanente de dejarnos atrapar por el trabajo de masa, de sufrir la seducción del número, y así nos descorazonamos si vemos que no se progresa en cantidad, o nos entusias-

mamos porque muchos respondieron a tal o cual iniciativa, perdiendo de vista el trabajo en profundidad sobre los hombres que valen.

Ahora bien: en una empresa de renovación cristiana se deberán poner en práctica todos los medios materiales y sobrenaturales simultáneamente. No deberán separarse la oración, y el sacrificio del estudio y la acción, singularmente por aquellos que tengan una vocación específica por la acción social.

Sin duda que no todos tienen esta vocación y por tanto no tienen el deber del estudio y la acción en este campo y, sin embargo, si son personas de oración y auténtica vida de piedad, su influencia social será inmensa, inconmensurable en este mundo, tanto mayor cuanto mayor sea su santidad. Recordemos que si hubiera habido diez justos, se hubiera salvado Sodoma.

Pensemos en la fecundidad de la acción de una Santa Teresita, que no salió de su claustro y, sin embargo, por su ardiente caridad —"mi vocación es el amor" decía— que la llevó a ofrecerse como víctima del Amor misericordioso, y su espíritu de oración, mereció ser designada Patrona de las Misiones. Acción eficaz la suya y desbordante hacia los demás. Como que pudo decir, apropiándose de las mismas palabras de nuestro Señor a sus discípulos en su último discurso antes de la Pasión: "No perdí ninguno de los que me diste". ¿Quién osará decir lo mismo? ¡Cuántos fueron salvados, cuántas gracias nos habrán sido alcanzadas por los méritos de esa niña que murió joven y no salió de su claustro!

Poco o nada podríamos hacer los que luchamos en el campo social y político, sin la ayuda de las almas cuya oración confiada y perseverante mueve el Corazón de Jesús. Necesitamos que ellos, como Moisés en la batalla de Israel contra los amalecitas, mantengan sus brazos elevados al cielo, esto es, su oración y sus sacrificios, mientras nosotros luchamos, sea en el campo de la doctrina o de la acción, contra el enemigo de nuestros días: el materialismo sin Dios. La acción de los santos es eficaz, porque es la misma acción de Dios que encuentra en ellos canales dóciles por donde extenderse.

Esto se aplica también rigurosamente a aquellos que tienen una vocación activa. Y así, quienes tienen una vocación social y aun política, no deberán separar el estudio y la acción, exigencia de su estado o vocación, de la vida de piedad. Don Chautard, en su maravilloso libro "El Alma de todo apostolado", que recomendamos nuestros amigos, muestra cómo es estéril toda acción que no se nutra de la oración.

Y bien, para nosotros, hombres de acción, es particularmente útil recordar la concisa fórmula ignaciana: "Obrar como si todo dependiera de nosotros, confiar en Dios pensando que todo depende de El".

Así se verá que el verdadero combate, la oposición irreductible, es la lucha de las dos banderas que comenzó con la tentación

a nuestros primeros padres y terminará con el fin del mundo. Y esta lucha tremenda, primordialmente espiritual, se desarrolla en todos los planos de la vida humana, en el corazón de cada uno de nosotros como en todo el campo de la vida social.

Eso tenemos que repetirlo a nuestro alrededor y vivirlo permanentemente, en especial en estos tiempos en que los espíritus están tan agitados. Vemos que la agitación se apodera de tantos a nuestro alrededor, incluso amigos muy cercanos y no diremos que los que ésta redactamos hemos permanecido inmunes.

Esta agitación conduce a juzgar de los acontecimientos con criterio naturalista, a perder esta visión espiritual de conjunto a que nos referíamos arriba, dentro de la cual se deben enmarcar los acontecimientos y así valorarlos en su justo peso; a disociar en la práctica, la acción de la doctrina y la piedad. Parecería que lo único importante es tal elección o tal otra acción; y se menosprecia el trabajo de formación. "Ya no es el momento", se dice; o, "¿de qué sirve la doctrina si falta la decisión?"; o, "de acuerdo con eso de la oración, pero ahora es el tiempo de la acción", como si una cosa excluyera la otra. Cuando empezamos esta obra de **La Ciudad Católica**, ya oíamos esas frases; no hemos visto la eficacia de la acción de quienes decían eso, pero sí sabemos que sin hombres formados no haremos nada para el Reinado Social de Cristo.

Ahora bien; cuando hablamos del estudio, entendemos no sólo la doctrina, sino también el estudio de la acción. Se trata de estudiar no sólo el fin, el orden social cristiano, sino también los medios para lograr ese fin, para que "la sociedad humana refleje lo más posible la semejanza del reino de Dios", según el ideal que nos presentara Juan XXIII en "Pacem in Terris". Estudio, pues, de los hombres, de las facilidades o dificultades físicas o psicológicas, pero no por eso menos reales; de nuestras limitaciones y nuestras posibilidades, etc.

Una acción no pensada así, será una acción loca, capaz de engendrar mayores males que aquellos a que se quiere poner remedio.

Este juicio práctico es lo propio del hombre prudente. Y ésta es la meta que pretende **La Ciudad Católica**, modesta en sus recursos, con hombres muy limitados, pero ambiciosa en su ideal: descubrir y capacitar en todos los ambientes del cuerpo social, hombres y mujeres que aúnen una sólida formación con una adecuada información; personas de vida interior y de acción exterior; firmes en lo esencial y dúctiles en lo accidental.

De aquí la insistencia con que instamos a nuestros amigos a la práctica de los Ejercicios Espirituales, tan recomendados por todos los Papas y de los cuales, en la "Mens nostra", dijo Pío XI: "Los Ejercicios Espirituales tienen un maravilloso poder, así para perfeccionar las facultades naturales del individuo como principalmente para formar el hombre sobrenatural o cristiano"... Y

en especial los Ejercicios de San Ignacio, método que "ha obtenido siempre la primacía", son una "fuente de piedad muy eximia y sólida y estímulo muy fuerte para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual".

Además de ello, son una escuela imponderable de prudencia. Pensemos, verbigracia, en las normas para hacer elección. ¿No es acaso el hombre prudente aquel que sabe hacer adecuada elección en todas las contingencias de la vida?

¡Y qué sagacidad espiritual la que campea en las normas de discreción de espíritu: útiles no sólo para la vida individual sino también para la vida social!

Sean pues, éstas, unas reflexiones que nos ayuden a todos a reaccionar de la agitación que a tantos embarga, a volver al trabajo lento y perseverante de formación, a continuar en la obra de difusión doctrinaria en los ambientes de actuación de cada uno, a seguir en la búsqueda de las personas de gravitación y carácter, procurando su conversión.

Y por sobre todo, sigamos rezando y haciendo rezar para que Cristo reine sobre la Patria y el Mundo.

VERBO

CRISTIANISMO Y EVOLUCIONISMO

A propósito de Teilhard de Chardin

El Evolucionismo nunca ha sido más que una hipótesis. No se ha demostrado jamás que lo inferior tenga en sí mismo una fuerza impulsiva tal que le haga transformarse en una naturaleza superior. Desembozado y abierto unas veces, cauteloso y a la defensiva otras, el evolucionismo nunca ha dejado de ser una hipótesis en busca de la ansiada probabilidad.

La forma más reciente de evolucionismo es la del paleontólogo jesuíta Teilhard de Chardin.

El R. P. Garrigou Lagrange O. P. recientemente fallecido, denunció en su hora esta doctrina que lleva la evolución desde la materia hasta el seno mismo de la verdad revelada: creación, encarnación, cristianismo. Hace poco, en abril p/pasado, ha sido traducido y divulgado un trabajo de Dom Georges Frenaud, monje de Solesmes, intitulado "Estudio crítico sobre el Pensamiento Filosófico y Religioso de Teilhard de Chardin". Por su parte, el prologuista de una de sus obras: "L'Energie Humaine" [1], trae el testimonio del P. Maréchal S. J., favorable a Teilhard. Pero, el contexto citado, en una carta privada, no puede considerarse como un testimonio definitivo.

En el año 1960, el P. Julio Meinvielle publicó un erudito y enjundioso estudio, "La Cosmovisión de Teilhard de Chardin" [2]. Como naturalista católico, dice, se siente autorizado a introducir en su vasta concepción del universo evolutivo, lo que él llama el fenómeno cristiano (a. c. pág. 111).

Nosotros queremos exponer la teología de este "fenómeno cristiano". El Cristianismo, va mucho más allá de lo que puede aparecer, del "fainomenon" que puede aparecer a la mirada del geólogo o del paleontólogo que es Teilhard de Chardin.

El fenómeno cristiano es el Cristianismo; no es otra cosa. Es la doctrina y el hecho de la salvación, dados por Jesucristo al mundo. La fe en Dios salvador correspondiente a la ley natural; la fe en el Mesías, la vocación de los Patriarcas y de Israel, en la

[1] Teilhard de Chardin, Pierre. Oeuvres, 6 L'Energie Humaine (1962), París, prol. pág. 14.

[2] Estudios Teológicos y Filosóficos, II (1960), págs. 107-133. Cf. En Torno al Progresismo Cristiano, 1964.

Antigua Alianza; la fe en Jesucristo y la economía sacramental de la Ley Nueva, son otras tantas etapas del proceso salvífico de la Humanidad.

Como promesa o como realización, el Cristianismo acompaña toda la vida de la Humanidad. No es un hecho que podamos encuadrar en un marco evolutivo-cósmico nacido en la Tierra, desarrollado en el hombre, como una maduración de la "hominización", canalizado por la encarnación y por la Iglesia. En la ley natural, tenemos una época de pre-cristianismo, una esperanza en Dios salvador; dicha esperanza se concreta en la Antigua Alianza, que se continúa con la Nueva, donde se da positivamente la salvación del mundo, y la posibilidad de aprovecharnos de ella, para todos los hombres del mundo.

Teilhard de Chardin ha unido el "fenómeno cristiano" a la evolución. La esencia del Cristianismo, escribe, no es sinó la unificación del mundo en Dios por la encarnación" [3].

La concepción de Teilhard de Chardin, según se ve en sus obras y lo explican los que de él se han ocupado, es evolucionista. En eso no hay ningún misterio. El Evolucionismo, materialista o idealista, lleva en sí mismo, una exigencia de monismo o de panteísmo.

El geólogo jesuíta no quiere ser naturalista o panteísta. En L'Activation de l'Energie [4], el autor responde a las acusaciones de panteísmo o naturalismo. Son nueve páginas en que resume su pensamiento, de modo de salvar la trascendencia de Dios, y la trascendencia de la encarnación.

La evolución es un proceso inmanente de transformación en el mismo sujeto. De esta transformación de la Materia en Vida, y de la sustancia viviente en Espíritu (T. de Ch. pone siempre con mayúsculas), habla a lo largo de toda su obra. En las pocas páginas que mencionamos, la Evolución tiene cuidado de no traspasar ciertos límites; tal cuidado es algo personal de su autor, que no está propiamente exigido por su labor científica.

[3] L'Energie Humaine, pág. 113. Esto lo explica por las palabras siguientes: "Ceci posé, aussi longtemps que la société humaine n'avait pas franchi le stade familial, «néolithique», de son développement (c'est-à-dire jusqu'à l'aurore de la phase scientifique-industrielle moderne), il est clair que l'Incarnation ne pouvait trouver, pour s'exprimer, que des symboles de nature juridique (sic). Mais depuis la découverte contemporaine des grandes unités et de vastes énergies cosmiques, une signification nouvelle, plus satisfaisante, commence à se dessiner pour les paroles anciennes. Pour être alpha et oméga, le Christ doit sans perdre sa précision humaine, devenir co-extensif aux inmmensités physiques de la Durée et de l'Espace. Pour régner sur Terre, Il doit sur-animer le Monde. ...Le Christ-Roi d'aujourd'hui est déjà adoré par ses fidèles comme le Dieu du Progrès et de l'Evolution".

Tal es la unificación del mundo en Dios. La nueva concepción de Cristo y del Cristianismo es la de una fuerza cósmica, para animar la evolución del mundo. Fácilmente se ve una concepción desvirtuada de lo sobrenatural y del Cristianismo.

[4] Oeuvres, 7 L'Activation de L'Energie (1963), París, págs. 149-158.

Creemos que el primer inconveniente es querer tratar como geólogo lo que de ninguna manera cabe dentro de la Geología; el Teólogo hubiera hecho falta.

El proceso evolutivo, es resumido en cuatro tiempos: comienza situándose "en el corazón del fenómeno cósmico"; el Universo en su totalidad, en sus dimensiones, temporales y espaciales. Aquí tenemos que imaginar una corriente que sube, que se complica, y aparece la conciencia. La Biosfera se prolonga, dice, en lo que he denominado la Noosfera (pág. 150). Este proceso debe llegar a término: orgánicamente no puede proseguir más lejos; psíquicamente, no puede retroceder; cósmicamente no puede permanecer allí. Entonces, la curva del fenómeno humano postula la existencia de algún polo extra-cósmico, que es Dios.

En una segunda etapa diremos que este polo es trascendente; entre paréntesis, independiente de la evolución (véase cómo concibe la trascendencia). Es el Primer Motor, agrega, físico, biológico, psíquico.

En un tercer tiempo, de esta dialéctica evolutiva, aparece lo que denomina el "fenómeno cristiano" (pág. 154). Inmediatamente ensaya explicarlo en la Evolución [5] sin hacer uso de otros datos revelados, más que la trascendencia de la Encarnación. Como no es clara la concepción de la Encarnación, también es oscura la intervención de la Encarnación en el mismo Cristianismo.

"Históricamente, dice, a partir del Hombre-Jesús, un phylum de pensamiento religioso apareció en la masa humana; phylum cuya presencia no ha cesado de influir, más y más extensa y profundamente en los desarrollos de la Noosfera (pág. 154).

Aquí aparece la Encarnación. El autor no quiere negarla, y quiere concebirla fuera de la Evolución. Concíbela difusamente como "lo Trascendente que se hace parcialmente Inmanente (pág. 155). Al hacerla inmanente, la Encarnación se incorpora a la Evolución". Si nosotros aceptamos, dice, de ver en el pensamiento viviente de la Iglesia, el reflejo, adaptado a nuestro estado evolutivo, del pensamiento divino, entonces el movimiento de nuestro espíritu puede seguir adelante". Así, la Encarnación se incorpora al proceso evolutivo del Mundo, o sea al progreso del mismo mundo, ¡al avance de la técnica, de la prosperidad y del dios oro! Más abajo precisa el autor su pensamiento: "El gérmen de supervitalización no es el organismo parásito que dobla o deforma el cono evolutivo humano, sino el cono más interior, que impregna, invade y sostiene toda la masa ascendente del Mundo" (pág. 156).

¡Fácil es reconocer cuál es el organismo parásito que dobla y

[5] Referímonos al punto de vista de la causa formal. La Encarnación es considerada más bien como una causa eficiente, aunque el pensamiento no es claro. En todo caso, es una causa eficiente, que no pone ninguna nueva formalidad.

deforma el cono evolutivo humano, y para qué se ordena la Encarnación en la mente del geólogo teológicamente! La Encarnación, viene desde fuera, pero se incorpora para activar el proceso cósmico, evolutivo del Mundo, según los fines propios del Mundo. El "organismo parásito" es una alusión a la Iglesia Católica, en cuanto significa institución. ¿Estamos ante una concepción pelagiana del Cristianismo, la Encarnación y la Iglesia?

Teilhard trata de una evolución de la materia inorgánica, que pasaría al estado de sustancia viva, al animal, al hombre, a la inteligencia, al espíritu. Todo este proceso termina en la encarnación; "centro físico y biológico de toda la evolución natural del mundo", dice Dom Frenaud, explicando el pensamiento del geólogo. Según el mismo Teilhard, el "fenómeno cristiano y la fe en la encarnación", son el tercer tiempo de una dialéctica del espíritu. Es decir, una hipótesis, que podremos aceptar, pues, si nosotros nos privamos de toda razón de creer en un prolongamiento ultra humano de la evolución, y por lo mismo rehusamos de reconocer el hecho cristiano, veremos cerrarse herméticamente la bóveda del Universo, un instante entreabierta sobre nuestras cabezas" (ib). La encarnación es una etapa en la dialéctica del espíritu; "lo percibimos —dice— como un Verbo que se encarna; lo Trascendente que se hace parcialmente inmanente" (pág. 155). Allí es donde llega el proceso evolutivo, para continuar en la Iglesia. Cristo es así, el punto Omega, el fin del proceso cósmico. Pero desde el punto de vista de la causa formal, el "hecho cristiano", es un phylum de pensamiento religioso, que sin saber para qué no ha cesado de influir sobre los desarrollos de la Noosfera. Es —agrega— el flujo creador en su máxima intensidad.

En esta interpretación evolucionista, los dogmas (creación, encarnación), no influyen debidamente en el cristianismo. El cristianismo, fomalmente hablando, no es un producto de la transformación de la materia cósmica, llegada a la "Hominización", a la Noosfera, y donde ha salido el "pensamiento religioso", que desemboca en la encarnación. Quiere decir que formalmente hablando, desde el punto de vista de lo que le es constitutivo, el cristianismo viene considerado por Teilhard de Chardin como algo natural, producto de la transformación de la materia.

El Cristianismo. Acción Divina

El Cristianismo debe explicarse por la acción divina en el mundo. No puede explicarse si no es precisando este concepto de acción de Dios temporal ad extra. No puede ser el Cristianismo, en toda la profundidad y esencia de su significado una actividad humana o cósmica, aunque se la suponga enderezada a la búsqueda de una Trascendencia, o de un polo extra-evolutivo. El Cristianismo debe explicarse desde Dios; desde la trascendencia de Dios;

desde Dios bajo la razón de deidad, según es posible la acción divina en el mundo.

La existencia de Dios y su trascendencia, no es aún suficiente para explicar la Iglesia o el cristianismo; pero, son un presupuesto necesario. Debemos ver en Dios el principio de la totalidad del ser [6]. Debemos concebir una causalidad plena, total, eficaz; no sólo el término de una actividad dada y que le permanece extraña. Dios es el Ser subsistente que posee en sí mismo toda la perfección del ser; incluye la vida y la sabiduría, y todas las cosas reflejan sus perfecciones como del principio universal de todo el ser.

Dios no es término en la evolución, aun extrínseco. Dios es causa eficiente de la totalidad del ser. Como creador y causa, supone una acción en el mundo; hay pues, una acción divina que se identifica con su misma esencia:

"Salvator, creator, significant actionem Dei quae est eius essentia. Utraque tamen nomina ex tempore de Deo dicuntur" I, 13, 7.

Debemos empezar a distinguir con Santo Tomás, la acción de Dios como Creador, y la acción de Dios como Salvador. Son dos efectos temporales diversos, imputables a dos acciones distintas. En Dios no podemos poner multiplicidad de acciones, pues sería imperfecto. Por parte de Dios, su acción divina, eternamente identificada con su esencia, en el seno de la plenitud del Ser y de la Vida. Por parte de los efectos temporales: el uno, la creación, la providencia general sobre el mundo; el otro efecto, la salvación de las creaturas caídas en el pecado. En estos dos tipos de efectos temporales, tenemos los motivos de las dos grandes especies de cultos: la creación y dependencia del hombre hacia Dios, funda la religión natural. La salvación o acción salvífica del mismo Dios, funda la religión sobrenatural o el Cristianismo. Tanto por una u otra religión nos ordenamos hacia Dios:

"Religio importat ordinem ad Deum. Ipse enim est cui principaliter alligari debemus tanquam indeficienti principio" II-II, 81,1.

No puede el geólogo, ni nadie, pasar como quiera de la evolución biológica al Cristianismo, sin reducirlo, y casi considerarlo unívocamente con la misma biología. Debemos entrar en la Teología, si no, nunca llegaremos a poner la verdad en su propia perspectiva.

El Cristianismo es formalmente la gracia, la vida de las virtudes cristianas conexas en la gracia, la Iglesia y las instituciones más o menos vinculadas con la vida sobrenatural de los hombres. Un mundo cristiano no es un mundo naturalista, humanista o

[6] Algunas referencias como indicación de lecturas: S. Teol. I, 3, 5: "Deus autem est principium totius esse. I, 4, 1: "Primum principium actionum oportet maxime esse in actu, et per consequens maxime perfectum". Sobre la providencia y el gobierno divino: I, 103,1, y siguientes. Dios conduce las cosas hacia su fin.

pluralista, desvinculado y ajeno a la economía de la gracia. Así como la gracia asume y eleva la naturaleza, el Cristianismo debe asumir y elevar lo mundano; no debe **respetar** lo mundano, sino transformarlo y corregirlo para salvarle.

Una primera precisión. El Cristianismo, como efecto temporal ad extra, no pertenece a la providencia general de Dios sobre el mundo.

El Cristianismo es algo contra el pecado del hombre, e incluye su vocación a la vida sobrenatural. Estos dos aspectos complementarios el uno del otro, nos advierten que no pertenece a la providencia general de Dios.

Junto con la moción general de Dios, coexiste otra moción especial, que sale fuera de la moción general común a todas las creaturas. Santo Tomás lo expone al tratar de la predestinación:

"El fin al cual las cosas creadas son ordenadas por Dios es " doble: Uno que excede la proporción y capacidad de la natura- " leza creada, y este fin es la vida eterna, que consiste en la visión " beatífica. Esto está por encima de cualquier creatura. Otro es " el fin proporcionado a la naturaleza creada, al cual puede aquélla " alcanzar según las fuerzas de su propia naturaleza. Dos finali- " dades diversas, dos mociones distintas. La una es común a todas " las cosas creadas, incluso el hombre. La otra, es propia de las " creaturas redimidas, dentro del plan de la salvación". Cf. I, 23, 1. El plan de la salvación, no es el de la creatura que se mueve según sus fuerzas naturales, dadas por Dios en su creación; es el plan de la creatura ordenada a la vida eterna, y que es llevada por Dios, sobre sus fuerzas naturales: "quasi a Deo trasmissa". En la cuestión de los dones del Espíritu Santo, también alude el Santo Doctor, a que el hombre, fuera de la moción natural, que obra por la razón, pueda ser movido divinamente por Dios (I-II, 68, 1); en tercer lugar, el hombre necesita, por ese mismo motivo, de las virtudes infusas:

"Alterius rationis est modus qui imponitur... secundum regulam rationis humanae (orden de la moción general), et secundum regulam divinam (orden de la moción especial, sobrenatural, contra el pecado). I-II, 63, 4. Es esto último lo que hace la necesidad de virtudes infusas.

El Cristianismo existe en el mundo porque el hombre, después del pecado ha sido **llamado, vocatus**, a la vida eterna. Es un llamado al modo divino, que ha creado en el mundo todos los medios y condiciones para que el hombre pueda acudir a donde se le llama.

En síntesis, el Cristianismo, como algo temporal, es efecto de una nueva moción divina, que no puede incluirse en la moción general de Dios, y mucho menos aún un producto evolutivo de factores naturales. Desde el punto de vista de la causa final, es un llamado, una vocación, elección, para la vida eterna. La creatura es asumida por el don de la gracia divina, e incorporada en

Cristo al plan de la salvación. El Cristianismo comienza a realizarse en el mundo efectivamente en el instante de la Encarnación del Verbo.

"La obra de la encarnación —dice Santo Tomás— ha sido ordenada por Dios como remedio contra el pecado" III, 1, 3.

Es una obra, implica una acción divina especial, que sale del marco de la moción general de las creaturas; es una obra (opus) ordenado para remediar el pecado.

La providencia y moción general de Dios, ordenan al bien, pero no tienen acción remisiva de los pecados. La transgresión, merece la pena; por justicia le corresponde el castigo. La remisión del pecado, en cambio, es gratuita, tiene su origen en la voluntad salvífica del mismo Dios. Por los motivos enunciados, debemos poner el Cristianismo en el ámbito de la predestinación; en el ámbito de una providencia especial, llena de misericordia y de amor. Como fenómeno histórico, en el mundo, el Cristianismo no es algo nacido del Hombre, ni puede considerarse un "pensamiento religioso" que pida la limosna de un lugar para "encarnarse en las estructuras". Es, propiamente hablando, obra divina, que tiene a Dios como autor, y al hombre como beneficiario directo. Es obra especial; no reductible a la moción general [7]; especial, contra el pecado al que redime, santificando al pecador. Es lo prometido por Dios en el Paraíso, y realizado a lo largo de toda la historia de la Humanidad.

Misión de las Divinas Personas

Acción divina especial, el Cristianismo connota la distinción de las Personas Divinas en la Divinidad, y la misión del Hijo y del Espíritu Santo. El Cristianismo, en su esencia, en lo que tiene de fundamental, es fruto o efecto de la misión de las divinas personas: el Hijo y el Espíritu Santo. No se explica por la voluntad general de Dios que es "causa rerum", causa de las cosas (I, 19, 4), sino por la voluntad salvífica del mismo Dios que quiere la salvación de los hombres. A esta voluntad de salvación, que quiere el remedio del pecado, debe atribuirse la misión de las divinas personas.

"El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido" Mt. 18, 11. El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que había perecido" Lc. 19, 10.

"Yo voy a enviaros al que mi Padre os ha prometido", dice aludiendo a la misión del Espíritu Santo. Lc. 24, 49.

[7] Se llama moción general de Dios, a la acción del mismo Dios como autor de la naturaleza, que conserva y lleva todas las creaturas hacia su fin. Esta moción se distingue de la moción especial, que implica la misión de las Divinas Personas.

El Cristianismo nos introduce en el corazón de la Trinidad. Aunque lo que vemos de él son cosas humanas y en el tiempo, debemos guardar de concebirlas sin misterio, recortadas en las fronteras del espacio y del tiempo.

Es en la Trinidad, donde el cristianismo explica su vocación divina. El Cristianismo o la Iglesia le ha traído, de manera estable y firme, un programa de vida según su vocación trinitaria.

Vamos a explicar esta acción divina especial más en concreto. Decimos: a) Connota la distinción de las divinas personas en Dios; b) es efecto temporal de la misión de las mismas divinas personas.

a) Connota la distinción de origen entre las Divinas Personas.

Al decir esto, sólo queremos poner de manifiesto, que como acción divina, se distingue de la acción general de Dios en la creación. No hay en Dios dos acciones, si no una acción identificada con su divina esencia. Si hablamos de acción divina es por el efecto temporal (por ejemplo, la creación), libremente causado por Dios; si ponemos acción divina especial, es por la presencia de otro efecto temporal distinto del anterior, que es la Redención y salvación de las creaturas racionales.

Al hablar de Dios, el teólogo debe evitar cuidadosamente los antropomorfismos; el modo humano de concebir está adaptado para las cosas naturales; debe cuidarse al tratar de Dios, de conservar las exigencias de la misma Divinidad, y saberse detener ante lo inefable del Misterio.

Aunque como hemos dicho, la acción divina es la misma, idéntica a su esencia distinguimos en los efectos temporales distintos planos, que harían pensar en distintos niveles de causalidad.

La creación, termina en el ser, el gobierno divino y la conservación de las creaturas. La creación es obra de la Trinidad; su efecto ad extra, es el ser, la presencia de los seres creados en el mundo, incluso el hombre y el ángel.

La salvación del mundo, la encarnación, la redención, el cristianismo, es también efecto temporal, análogo a la creación, pero no idéntico. Nace en la voluntad salvífica del Padre, y suscita la misión del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso hablamos de otro nivel de causalidad. Salvando lo que pudiera haber de antropomorfismo, diremos que este nivel de causalidad está más a la altura de las Personas, en su distinción y propiedad personales. Por eso decimos que la salvación del mundo, el cristianismo, connota la distinción de personas, como no lo connota la creación del mundo. El efecto temporal, que es la gracia, revela más propiamente la distinción personal, que el efecto común a la creación: el ser temporal.

En el lenguaje teológico corriente, es común distinguir: Dios autor de la naturaleza, y Dios autor del orden sobrenatural. El plano de lo sobrenatural, el nivel de la acción divina especial, es lo

que nos permite hablar de trascendencia, referida al cristianismo, a la gracia, a la Iglesia.

b) Es efecto temporal de la misión de las Divinas Personas.

La misión es un envío. El envío presupone la distinción entre quien envía y el enviado. El enviado lleva una comisión, un encargo de quien lo envía. Jesús es el **Enviado** del Padre:

"No estoy solo, sino yo y el Padre que me envió" (Juan VIII, 16).

El día de Pentecostes fue **enviado** el Espíritu Santo:

"Ego rogabo Patrem ut alium Paraclitum dabit vobis" (Juan XIV, 16.

"Unicamente, dice, es preciso admitir dos intervenciones extraordinarias del Creador: una para pasar de la materia al espíritu; otra para pasar de lo natural a lo sobrenatural" [8].

Enviados el Hijo y el Espíritu Santo, traen al mundo una comisión, un encargo: la salvación del mundo; la destrucción del pecado; la santificación de los hombres. Tales efectos temporales, esta obra divina que se realiza en el seno de la Humanidad, es lo que se denomina complexivamente Cristianismo.

Ni por asomo la Escritura nos habla de una evolución ascendente en el seno de la Humanidad. Al contrario, claramente se nos dice que el Hijo es enviado, que viene, que vino, que visita su pueblo. San Pablo, solemnemente, expresa esta venida, esta misión de salvación:

"Cum venit plenitudo temporis misit Deus Filium suum" (Gal. IV, 4).

Cuando vino la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo. El Hijo es enviado y viene, con la comisión de salvar al mundo caído en el pecado; el Cristianismo es lo obrado por el Hijo para la salvación del mundo. En el concepto de misión, dice Santo Tomás, inclúyense dos cosas: una es la relación del enviado a quien lo envía; y la otra la relación del enviado con el término de su misión" (I, 43, 1).

En esta última relación, el término es la encarnación, y todo lo obrado por Cristo para la salvación del mundo. El término temporal de la misión del Espíritu Santo, es la gracia, la vida cristiana consecutiva a aquélla.

Un autor español, don Baldomero Giménez Duque, pretende en vano justificar el evolucionismo teilhardiano:

La causa eficiente (Dios), obra en el sentido indicado más arriba. Viene para suscitar la vida del ser, de los seres creados, o bien para limpiar del pecado y elevar al hombre a su nueva dignidad de hijo adoptivo suyo. No viene la causa eficiente para suscitar poderes de transformación en el seno de la naturaleza. El

[8] Teología de la Mística, 1963, Madrid, pág. 38.

Verbo, dice la Teología católica, ha asumido una naturaleza humana. La naturaleza humana es saneada y elevada por algo que viene de arriba, y que con perfecta liberalidad la sana y santifica.

La misión de las divinas personas en el mundo, es algo de Dios, efecto temporal de la bondad divina llegándose a los hombres. El Hijo ha cumplido magníficamente su misión de Salvador, tal como lo anunciaban los profetas. Así es verdaderamente el Emmanuel, Dios con nosotros. Llega a nosotros en el bautismo, llega en la confirmación, llega en la Eucaristía. El hombre recibe su salvación de Cristo, y no por algún evolucionismo nacido en sus entrañas. El Cristianismo no es una ruta de pensamiento religioso aparecido en la masa humana a partir del Hombre Jesús [9]; esto es absurdo, y significa una explicación naturalista. Cristo ha traído al mundo, por voluntad suya de Salvador, la Palabra y el Sacramento, la verdad y la gracia divina, la Iglesia en su totalidad.

Pongamos algunos textos relativos a las misiones divinas:

Una y otra misión (del Hijo y del Espíritu Santo) se ordenan a un último fin, o sea la unión con Dios; según el efecto propio de cada misión es la unión: "del entendimiento o del afecto" [10].

"La misión no solamente implica la procesión de un principio, sino que además determina el término temporal de la procesión" (I, 43, 3, ad3m).

El término temporal, que une la creatura racional con Dios, es la gracia santificante:

"Y puesto que la creatura racional, conociendo y amando alcanza por su operación hasta al mismo Dios, según este modo especial, no solamente se dice que Dios está en la creatura sino que habita èn ella como en su templo. Por tanto, ningún otro efecto que no sea la gracia santificante, puede ser la razón de que la persona divina esté de un modo nuevo en la creatura racional" (I, 43, 3).

Esta unión del hombre con Dios por la gracia, es el motivo de la predicación del Evangelio. Así lo afirma Santo Tomás en su Comentario a la Epístola a los Romanos [11]: La unión es triple: primero por la gracia de unión, la unión hipostática en Cristo; segundo por la gracia de adopción, en nosotros; tercero por la gloria de la fruición.

Como término temporal de la misión del Hijo, tenemos la unión hipostática, cuando el Verbo asume una naturaleza humana. El Hijo fue enviado como autor de la santificación [12]. Fue la misión visible del mismo Hijo; sin embargo, debemos considerar su misión invisible, que comienza en los patriarcas del Antiguo Testamento [13].

9 Teilhard de Chardin, L'Action de l'Energie, 1963, París, pág. 154.
10 In I Sent. d. 15, a. 4, ad 2m.
11 Super Epístolas S. Pauli Lectura I, ed. P. Raphaeli Cai O. P., Roma, 1953, Lectura I, nº 24.
12 I, 43,7.
13 I, 43, 6, ad 1m.

Como término temporal de la misión del Espíritu Santo, tenemos la gracia santificante, y todos los dones que la acompañan. El Espíritu Santo procede como Amor, y "en cuanto procede como Amor le compete ser el don de la santificación" [14].

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo es enviado visiblemente, "en cuanto fue mostrado como en signos en algunas creaturas para esto" (ib).

Por la encarnación del Hijo, culminando en los méritos de su Pasión; por la venida del Espíritu Santificador, enviado por el Padre y el Hijo, después de la Pasión, es que poseemos el don de la gracia redentora del pecado, y santificadora de los hombres.

No es indispensable, dice el Angélico, que la misión invisible se manifieste siempre por algún signo visible, sino que como dice el Apóstol, la manifestación del Espíritu se otorga a algunos para utilidad, entiéndase a la Iglesia; utilidad que consiste en que por medio de estos signos visibles se confirme y propague la fe [15].

Aunque el concepto de Cristianismo tiene un significado más amplio que el de Iglesia, ya que es la florescencia de la misma Iglesia, sin embargo, reducido a su significado más íntimo y esencial, coincide con la misma Iglesia. Es por ese motivo, que no podemos verlo surgir de la tierra, sino que debemos verlo salir del corazón del Padre, como efecto temporal de las divinas misiones del Hijo y del Espíritu Santo.

Conclusión

En estos últimos años nos hemos visto en una verdadera inundación de evolucionismo, patrocinado por las obras de Teilhard de Chardin, y también de psicologismo. Se ha llegado a concebir el Cristianismo como mero producto natural de la Tierra o del espíritu. En el presente trabajo nos hemos preocupado de señalar los errores del primer grupo. No nos hemos contentado con refutar su procedencia terrenal; hemos pretendido poner de relieve su origen divino. Y debemos subrayar lo de divino. No está en la línea de la moción general de Dios en sus creaturas cuyo término es el ser creado y su perfección natural; el Cristianismo pertenece a la línea de aquella moción especial de Dios, que mueve sus creaturas racionales a la bienaventuranza eterna. Esa moción termina en la gracia divina, y en los dones santificantes, que borran el pecado, y unen el hombre con el mismo Dios.

El Cristianismo no es un aglutinante cósmico de lo múltiple en la unidad; es algo del cielo, que viene de Dios. Los profetas anunciaban, y el pueblo de Israel esperaba que Dios-Salvador vendría al mundo. Venida misteriosa, al modo divino, que se realiza

[14] I, 43, 7.
[15] I, 43, 7, ad 6m.

por la misión del Hijo y del Espíritu Santo. De esa misión, queda en el mundo la gracia de Dios. La Iglesia se edifica sobre la gracia, y toda la economía redentora y santificadora de la gracia es lo que constituye la vida del cristiano. La gracia debe asumir toda la vida humana, santificándola y haciéndola de Dios. Por eso es absurdo pensar sin más, que la Iglesia o el Cristianismo, deban adaptarse a lo que el mundo moderno tiene de laicista o paganizante.

El teilhardismo ha concebido a su modo el Cristianismo, deformándolo y haciéndole perder su carácter sobrenatural, reduciéndolo a un antropomorfismo. Por más brillantes imágenes que nos brinde el poeta, por más hipótesis que baraje el sabio, por más sutiles cavilaciones que formule el geólogo, a pesar de la delicada coherencia del filósofo los principios del evolucionismo son falsos, nunca han podido pasar el nivel de lo hipotético, y para interpretar el Cristianismo son totalmente ineficaces. Llegados al nebuloso punto Omega, hemos llegado a la cima de la torre de Babel; allí, bajo un cielo sin luz, nos hablan la Materia, el Mundo, la Tierra, el Hombre, el Espíritu, la Biosfera y la Noosfera; entidades todas fantasmales, que Teilhard pone con mayúscula, y que hablan un lenguaje ininteligible, en una verdadera confusión de las lenguas. Hoy como ayer, el Hombre puede citar la materia, el átomo, el cosmos, etc., en el único lugar donde no existe la confusión de las lenguas, en la cima del Calvario, bajo la sombra de la Cruz.

Alberto García Vieyra O. P.

De la Carta dirigida por Su Santidad Juan XXIII (de feliz memoria) al Cardenal-Arzobispo de Tarragona:

Todavía están recientes los sufrimientos de los sacerdotes, religiosos y seglares que en esa arquidiócesis —igual que en toda la católica nación española— dieron prueba del amor que tenían a su fe y de la poca estima de las cosas terrenas. Por eso, Nos ha sido muy grato saber que en la peregrinación que se prepara para visitar la iglesia de San Francisco de Capodimonte y la Ciudad Eterna traerán los procesos canónicos de estos siervos predilectos de Dios para someterlos al juicio de la Santa Sede. El ejemplo de ellos, como el de los mártires hoy conmemorados, será la llama que avive el fervor de esa amada grey en una vida constantemente piadosa...

CONSPIRACION DE LOS MARXISTAS CHINOS

A continuación presentamos para la mejor información de nuestros lectores, el programa de acción propuesto por el Partido Comunista Chino para el copamiento y sumisión de la Iglesia Católica. Lo consideramos de la mayor importancia por dos razones: 1ª) porque una vez más se puede comprobar la siempre despierta inquietud del comunismo internacional, sean cuales fueren sus maniobras y sus actitudes de hecho, para enfrentar y destruir —si esto fuera posible— a la Iglesia de Dios; 2ª) porque del documento surge, con evidencia a prueba de ingenuidades, de qué manera se instrumenta a través de la dialéctica, a las novísimas corrientes ideológicas que, día tras día, aparecen en el seno de la cristiandad y que ciertamente atentan contra la unidad. Todos los intentos por debilitar el poder de Pedro, todo ese pretendido parlamentarismo eclesiástico con que algunos sueñan, no son sino —más allá de la buena o mala fe con que sus predicadores lo proponen— piedras de la dialéctica marxista que divide y destruye. Sea quienes sean los que lo proponen, los que lo aprovechan —e instrumentan el desvarío de los modernistas— son los comunistas.

El documento que se transcribe es digno de meditación y por el amor de Dios, sirva a muchos que se desorbitan en la pendiente de la convivencia a cualquier precio Su autor es Li Wei Han, del Partido Comunista Chino. La publicación lleva el sello: "Ediciones en lenguas extranjeras". Pekín.

EL ATAQUE A LA IGLESIA CATOLICA

Programa de acción

La iglesia católica con sede en Roma es una organización reaccionaria que da origen a actividades contrarrevolucionarias en las democracias populares. Para que las democracias populares puedan continuar su progreso por el camino al socialismo y el comunismo, es necesario primero acabar con la influencia de esa iglesia católica y sus actividades. La iglesia católica no es ni estéril ni impotente. Al contrario, hay que reconocer su poder y tomar una serie de medidas para contrarrestarlo. Cuando la lucha política y las fuerzas de producción hayan alcanzado un alto nivel de producción, es que se le puede destruir. Este es el objetivo que luchamos para alcanzar. Hacer un asalto frontal y dar el golpe de frente mientras estemos mal equipados y no hemos educado las masas debidamente, vendría a darle a la iglesia mayor dominio sobre las masas ya que ellas se sentirían de parte de la iglesia y apoyarían clandestinamente las actividades contrarrevolucionarias auspicia-

das por ella. También hay que evitar que se conviertan en mártires los líderes de las actividades contrarrevolucionarias de la iglesia. Línea de acción contra la iglesia es la de instruir, educar, persuadir, convencer y poco a poco despertar y desarrollar plenamente la conciencia política de los católicos por medio de su participación en círculos de estudio y por la participación en actividades políticas. Por medio de los activistas debemos emprender la lucha dialéctica en el seno de la religión. Progresivamente reemplazaremos al elemento religioso con el elemento marxista. Gradualmente transformaremos la conciencia falta en la conciencia verídica de manera que los católicos eventualmente destruyan por su propia voluntad y cuenta las imágenes divinas que ellos mismos crearon. Esta es nuestra línea de acción en la lucha contra la iglesia católica contrarrevolucionaria.

A continuación presentamos un programa de tácticas que se empleó con éxito en la República Popular China para la liberación del pueblo chino de la influencia de la iglesia católica imperialista de Roma.

Hay que conducir al seno del gobierno popular a la iglesia y sus feligreses donde las masas influirán sobre ellos. No se puede permitir que la iglesia conserve su carácter supranacional que lo pone por encima de la voluntad de las masas. Hay que establecer un buró del gobierno popular encargado de asuntos y organizaciones religiosas. El sometimiento de la iglesia a los procesos del centralismo democrático prepara el camino para que por medio de las masas se puedan tomar medidas patrióticas que desvirtúen la iglesia y derrumben su imagen. Dicho buró organizará asociaciones nacionales, regionales y locales que aunarán los católicos en organismos patrióticos. Cada asociación declarará su acatamiento y observancia a las leyes de la nación.

Después que queden establecidas las asociaciones patrióticas y los católicos hayan profesado su acatamiento a las leyes de la nación, surgirán los reaccionarios y contrarrevolucionarios. Estos contrarrevolucionarios que hay que extirpar con firmeza pero no con el empleo de la violencia. Las medidas tomadas en todos los casos deben estar de acuerdo con la ley. Por su naturaleza, las aspiraciones contrarrevolucionarias conducen a acciones contra el gobierno. Este principio nos indica las leyes que hay que aplicar contra los que protestan y que los ponen en la categoría de criminales antipatrióticos que protestan siguiendo las instrucciones de carácter imperialista enviadas desde la sede de la iglesia católica en la Ciudad del Vaticano.

Durante este período, las masas sentirán un conflicto psicológico, ya que de una parte sentirán lealtad a la iglesia y su clérigo y por otra parte su patriotismo que los conduce a apoyar al gobierno popular. Conviene sondear este conflicto y estudiarlo detenidamente. Si se toma acción precipitada sin tomar en cuenta la agudeza de ese conflicto psicológico, se puede aislar al partido de esas

masas. Si los lazos entre las masas y la iglesia son muy estrechos, hay que seguir el principio de dos pasos hacia adelante y uno para atrás. Al dar el paso para atrás, el gobierno popular debe afirmar que está defendiendo la libertad religiosa y que es por voluntad de las masas que establece comités de reforma en las asociaciones para que las masas patrióticas puedan expresarse más directamente en la dirección de los asuntos de la iglesia.

Esté alerto. Los activistas del partido deben dirigir la labor de los comités de reforma. Estos deben aislar los reaccionarios que se encontraran entre las masas. Para esta labor hay que seguir las consignas: es patriótico adherir al gobierno y acatar a las leyes; la desobediencia es antipatriótica; las asociaciones han profesado su patriotismo; los elementos antipatrióticos deben ser aislados de las asociaciones y juzgados como criminales ante las masas patrióticas, es el deber de todo ciudadano castigar al criminal. Los activistas deben dirigir las masas contra los elementos criminales. Después que las masas condenan a los criminales y los aislan de las asociaciones, los criminales deben ser castigados de acuerdo con las disposiciones de las leyes del gobierno popular. A la vez, las asociaciones deben profesar de nuevo su acatamiento a las leyes y procurar descubrir actividades contrarrevolucionarias dentro de su seno.

Aunque los reaccionarios han sido descubiertos, el conflicto

---

psicológico continúa en las masas. Es importante que las autoridades eclesiásticas y los líderes de la iglesia les aseguren a las masas que la religión ha quedado más pura, ya que se han librado de elementos criminales y antipatrióticos. Los activistas que son miembros de las asociaciones tienen las importantes tareas de persuadir a los líderes de la iglesia a hacer estas declaraciones. Los activistas también deben asegurar a las masas que el gobierno y el partido están acatando la voluntad de las masas. Desde luego, durante este período, surgirán desavenencias. Si se actúa de una manera arbitraria, se perderá el impulso del movimiento de las masas. El gobierno popular debe estimular las discusiones a fondo de todas las desavenencias. Durante estas discusiones, se debe cuidar de descubrir a los contrarrevolucionarios que antes habían pasado desapercibidos. Durante este período, al igual al anterior, hay que seguir las consignas: es patriótico acatar las leyes; la desobediencia es antipatriótica y criminal. Se debe procurar también informar a las masas de los resultados de las conversaciones entre el estado y la iglesia. Y sobre el renacimiento patriótico de las masas religiosas que está reemplazando los sentimientos decadentes, imperialistas y antipatrióticos. Con la excepción de asuntos espirituales, todo indicio o expresión de vinculación con la Ciudad del Vaticano debe ser desprestigiada por ser motivado por intereses imperialistas y por apoyar actividades contrarrevolucionarias. La experiencia de nuestros países hermanos muestran que la iglesia católica siempre ayudó actividades contrarrevolucionarias. En vista de la extensión mundial de la iglesia católica, estas experiencias constituyen pruebas innegables de su carácter conspiratorio. Durante este período se puede esperar que desde la Ciudad del Vaticano se oigan protestas en contra de nuestra campaña. Estas protestas deben ser aprovechadas como nuevas pruebas del carácter conspirativo de la iglesia dirigida desde la Ciudad del Vaticano.

Esto nos trae al siguiente punto de ataque que es el enlace de la iglesia con la Ciudad del Vaticano. Hay que prever que durante este ataque el clero reaccionará violentamente, ya que éste es su punto de apoyo y la fuente de su poderío. Debe recordarse que sus protestas por el ataque contra su lealtad al Vaticano son antipatrióticas y en oposición a las leyes y el gobierno. Igualmente, lo que el clero representa es antipatriótico. Los activistas tienen la tarea de convencer las masas que el individuo puede tener su religión sin que la Ciudad del Vaticano dirija los asuntos de las iglesias en todo el mundo. Los activistas también deben explicar el principio de la coexistencia del patriotismo y la religión. Así quedan aislados de las masas los que siguen los dictámenes del Vaticano. Y abre el camino para el establecimiento de una iglesia independiente.

Hay que hacer una campaña de preparación antes de que se pueda proclamar la iglesia independiente. Las figuras del clero que no puedan ser persuadidas a acatar los dictámenes del gobierno

popular son denunciados ante las masas. Se aprovechan sus protestas para destruir su imperio sobre las masas. La mejor táctica es hacer una labor sencilla y sin que sea identificado su autor. Los activistas deben dar origen a las denuncias contra ellos. En la historia abundan las pruebas que pueden emplearse en la acción legal contra los que protestan la separación de la iglesia y el Vaticano. Hay que tener preparados durante esta fase los argumentos necesarios para convencer a los intelectuales que el separarse del Vaticano es un paso hacia adelante y no para atrás. Las disposiciones legales que protegen a todas las religiones y las historias de los movimientos protestantes sirven este fin. A la vez, los activistas tienen la tarea de conducir las asociaciones en un movimiento conjunto para solicitar que el gobierno popular autorice el establecimiento de una iglesia independiente para librar las asociaciones de toda tacha antipatriótica causada por algunos elementos que continúen sus lazos con el vaticano. El gobierno popular dará la autorización y se organiza la iglesia independiente. Debe tenerse presente que el rompimiento de la iglesia católica y el Vaticano sólo tiene importancia para los teólogos. Las masas tienen poca afinidad y poca vinculación directa con el vaticano en sus prácticas religiosas.

Hemos llegado a la última etapa. Después de la separación de la iglesia y el Vaticano, se pueden consagrar nuestros propios líderes de la iglesia. Esto provocará la más vigorosa protesta del vaticano y excomunión mayor. Hay que tener presente que la lucha se está efectuando fuera de sus fronteras y no entre sus asociados. Las asociaciones funcionan y las masas son persuadidas y alentadas a practicar su religión en el seno de la nueva iglesia. Obrando con tacto y sutileza, no se destruye la liturgia y las masas notan pocas diferencias en la nueva iglesia. Las protestas del vaticano contra las consagraciones afectan la jerarquía de la iglesia y el gobierno del pueblo se responsabiliza de rechazar los cargos del Vaticano. Poco a poco se ve aislando la retaguardia de oficiales del Vaticano. Una vez aislados, la acción contra ellos se hace cada vez más legal porque sienten un gran apremio por protestar y por convertirse en mártires, y como consecuencia se comprometen en acciones antipatrióticas.

Aunque se haya triunfado en la lucha contra la iglesia católica, debe emplearse la persuasión con la retaguardia del clero. Las masas comprenderán por esta actitud que el gobierno popular sinceramente se preocupa por la libertad de religión de todas las personas. A la vez, colocan a los que protestan, en la categoría de los que actúan contra los sentimientos del pueblo y su gobierno.

Cuando llegue el momento en que los puestos de responsabilidad en el clero sean de los nuestros y sometidos al gobierno popular se procederá a erradicar paulatinamente los elementos de la liturgia incompatibles con el gobierno popular. Los primeros cambios serán de los sacramentos y de las oraciones. Luego se protegerá a las

masas contra coacción y presión a asistir a la iglesia, a practicar la religión o a organizar grupos colectivos representando cualquiera secta religiosa. Cuando la práctica de la religión se convierta en responsabilidad individual, se sabe que lentamente la religión se olvida. Las nuevas generaciones reemplazarán a las pasadas y la religión será un episodio del pasado, digno de ser tratado en las historias del futuro.

PRESCRIPCIONES DE LA SANTA SEDE RESPECTO A LOS EXPERTOS DEL CONCILIO

Se habrá quizá advertido recientemente que ciertos Obispos no permitieron a algunos especialistas del Concilio hablar en sus diócesis, escribió S. E. Monst. Henri Routhier o. m. i. en "La Voz del Vicario de Grouard".

Esos Obispos simplemente han observado las recientes prescripciones que les fueron transmitidas por la Santa Sede.

En el curso de la reunión del 28 de diciembre de 1963 de la Comisión de Coordinación, el Cardenal Presidente ha comunicado las reglas siguientes del Santo Padre, concernientes a la actividad de los Expertos:

1) Según el trabajo que se les ha pedido, los Expertos deben responder con toda su ciencia, prudencia y objetividad a las cuestiones que las Comisiones confíen a su examen.

2) Se les ha pedido que no susciten corrientes de opinión, otorgando entrevistas y sosteniendo públicamente ideas personales sobre el Concilio.

3) Que se abstengan de criticar al Concilio, comunicar al exterior las novedades sobre la actividad de las Comisiones, observando en eso lo que el Santo Padre ha establecido respecto al secreto de los trabajos conciliares.

"L'Action Catolique", de Québec (Canadá), 12/3/64.

LA DIALECTICA EN ACCION

> "Os recomiendo hermanos, que esteis alertas sobre los que promueven las disensiones y los escándalos, apartándose de la doctrina que vosotros aprendisteis, y apartaos de ellos".
>
> (Romanos, 16, 17-24).

Tenemos a la vista el periódico para-comunista "Queremos vivir" (nº 1, año 1, segunda época). Se trata del órgano oficial del "Movimiento de la Paz", con representación propia en el Comité del Partido Comunista (su representante es Alfredo Varela) y un lugar muy destacado en el aparato oficial de Moscú.

Esto es bien sabido y no sería necesario detenerse en la cuestión, si no fuera porque el periódico pretende ocultar o disimular sus actividades. Lo hace bastante mal, ya que en el texto y en el contexto se aprecian con claridad la intención y la ideología subyacentes. Pero no sólo interesa desenmascarar las intenciones comunistas sino advertir —con toda la severidad que el caso merece— cómo se está aplicando en la Argentina la dialéctica de la contradicción. Por supuesto no es una mera distinción teórica, un puro lujo intelectual, sino que se trata de una actividad práctica, concreta, sistematizada, "principista", tendiente a la destrucción por división de la Iglesia Católica.

En este caso, la dialéctica consiste en oponer hasta la exacerbación las pluralidades naturales que se dan —legítimamente— en toda sociedad. En un principio, y sobre una común y sólida base doctrinaria, se comienza por deslindar tendencias originadas en enfoques diversos: tácticos, prudenciales, incluso temperamentales o estrictamente personales. Esta pluralidad no sólo es legítima sino buena y eficaz, puesto que permite cubrir todo el ámbito de las posibilidades y vocaciones humanas. Todo así mientras no se fuerce esta fructífera diversidad y se la pretenda crear o instrumentar aún allí donde naturalmente no se da, porque entonces ya no habrá amor sino intereses personales o de grupo, sensuales o ideológicos.

Sobre este punto —pese a ser de alta importancia práctica—, no nos podemos detener, bastando apurar la conclusión: no se deben generalizar impropiamente las opciones y, menos aún, admitir aquellas posturas que supongan o puedan llevar a una división en el nivel de los principios. Por de pronto, cuando advirtamos una rebelión, más o menos franca, contra la tradición y los valores admitidos, debemos sospechar y temer que se introduce un elemento de crisis en el cuerpo de la Iglesia, un principio de contradicción, ni peligro tanto mayor en lo práctico, en la medida

en que, debate y opciones, se den lejos del nivel de los principios. No es cuestión de despreciar este tema de las tácticas, porque de allí se pasará a un compromiso de orden personal y luego a un planteamiento en la doctrina: primero, en su parte menos obligatoria y, finalmente, en el corazón mismo del dogma.

Ciertamente, tenemos a la vista, por ejemplo, en esto que constituye un proceso de ablandamiento del catolicismo —sobre cuyos responsables y medida de la responsabilidad Dios habrá de juzgar—, todas las cátedras que con febril actividad se han abierto sobre el teilhardismo en Buenos Aires; las doctrinas del P. de Soras sobre la interpretación de los documentos pontificios; o los barruntos del teólogo Karl Rahner acerca de la libertad de palabra en la Iglesia, y que en forma de libro fueran editados hace años por Ediciones Criterio. Y tantos otros ejemplos más que, en su conjunto más o menos inorgánico, forman lo que Paulo VI llamó el progresismo, al que fustigó con severa palabra a poco de iniciado su feliz reinado.

No obstante esta larga disgresión, estamos en el tema central de este artículo. Porque en el periódico comunista "Queremos vivir" se instrumentan todas las oposiciones que el progresismo, en desmedido y vanidoso esfuerzo por "entrar", ha creado. En la misma página 10, aparecen los dos artículos que constituyen la maniobra dialéctica a que nos referíamos. Uno, grosero, y por demás estúpido ataque al Cardenal Caggiano (**Un Cardenal belicoso**); otro, alambicado "homenaje" a la encíclica "Pacen in terris" de Juan XXIII, de feliz memoria.

El primero comienza por sentar una afirmación en nombre de "los católicos de la Argentina y también... de los que no lo son", que parecen estar muy molestos por las actividades "belicistas" de S. E. Rvma. el Cardenal Caggiano. Se habla, por supuesto, de obispos "liberales" o "progresistas" y de aquellos otros que siguen aferrados a antiguas concepciones" [sic]. ¡La dialéctica en acción! Dialéctica que no sería posible si no mediaran las desaprensivas mentiras de una prensa venal y las sutilezas dogmáticas e imprecisiones de lenguaje de los progresistas que dan pábulo a todos los equívocos y a todas las maniobras. Porque, ¿qué sentido tiene para un cristiano, eso de obispos liberales y de obispos aferrados a antiguas concepciones? Trampa tanto más torpe cuanto que se coloca como punto de referencia, como piedra de toque para distinguir una clase y otra, el pontificado de Juan XXIII y, concretamente, la promulgación de la "Pacem in Terris". Pero ¿es preciso aclarar que no hay, en la roca monolítica del pensamiento social de Pedro fisura alguna?; ¿que no hay, porque no puede haber, un "antes" o un "después"? ¿Que Juan XXIII no es izquierdista sino un papa movido por gran amor por sus hijos como San Pío X, como León XIII con su "Rerum Novarum", como Pío IX con su "Sillabus", es decir, con tanto amor por Dios, por la verdad y por los hombres como se puede sentir en la Tierra? ¿Es que

para amar, hay que ser de izquierda? ¿Y solamente pueden amar las izquierdas? ¿Es verdad esto?

Y ¿de dónde tanto y tanto despropósito? De los equívocos a que conducen las abstracciones de ideólogos que hablan de un amor teórico; sujetos que nunca han amado y que, a lo más, sienten cierta inquietud social, que mucho tiene de "snobismo" y de falso. Verdaderamente, si se intenta maniobra tan torpe —como ésta de pretender enfrentar a papas y a obispos entre sí— es porque el ablandamiento ideológico de algunos católicos permite suponerlo, porque, implícita o expresamente, ellos lo han anticipado.

¿Qué hizo el Cardenal Caggiano para que estos furibundos defensores de la paz —por otra parte nada severos respecto a la grave realidad de los guerrilleros de Salta—, le lancen el fiero epíteto de "belicoso"? No lo dicen claramente, pero parece que por haber advertido que "hay que estar prevenidos para cualquier contingencia, y que es mejor prevenir que curar". De allí, alegre y triunfalmente, los muy dialécticos deducen que "se prepara para la guerra civil". ¡Vaya susceptibilidad! ¿Qué decir, entonces, de los guerrilleros de Salta y de las implicancias del plan de lucha de la C. G. T.? ¿Y qué de Goulart y de Brizzola? La indignación que a los dialécticos pacificadores de "Queremos vivir" les produce

el tema, los deja sin habla, porque no dedican a tan actuales temas ni una línea.

Finalmente, antes de terminar, el dialéctico sueltista asesta su último golpe: parece que las "tales actitudes guerreras... [las del Cardenal Caggiano] ofenden los sentimientos democráticos de la inmensa mayoría de los fieles argentinos". ¡Una vez más enfrentados el pastor y sus ovejas!

El otro articulejo pretende ser un recuerdo de la encíclica "Pacem in Terris", pringoso y vulgar, que fracciona —también muy dialécticamente— párrafos determinados, de manera que la encíclica viene a parecerse a un documento del "Rearme moral" o una invitación al neutralismo religioso.

¿Será bastante recordar las simples palabras del Apóstol (I Timoteo, 4, 6-10) a los que, por mala formación, están inclinados a aceptar cualquier interpretación: "Si estas cosas sugieres a los hermanos, serás excelente ministro de Cristo Jesús, nutriéndote con la palabra de la fe y de la buena doctrina que has seguido. EN CAMBIO, ESAS FABULAS PROFANAS Y PROPIAS DE VIEJAS, EVITALAS..."?

Y para los progresistas, para aquellos que han eliminado de sus corazones la dignidad del católico, para aquellos que beben en la izquierda la sangre de su amor por el prójimo, habrá que recordarles la parábola de Cristo (Luc. 14, 34-35): "Buena es, pues, la sal; pero si la misma sal se vuelve sosa, ¿con qué se la aderezará? Ni para la tierra ni para el estercolero es a propósito; afuera la echan. Quienes tienen oídos para oír, oigan".

No permitamos que los enemigos nos opongan a nuestros pastores; que clasifiquen a los obispos entre "buenos" y "malos", entre "liberales" y "conservadores". Opongamos a la dialéctica, la adhesión fidelísima a Cristo y a Su doctrina; a los sentimientos de izquierda, el de justicia; a la maniobra táctica, la prudencia. Respetemos y hagamos respetar la autoridad de los prelados. Para ellos, nuestro amor y nuestra fidelidad: el amor y la fidelidad de los hijos al padre que los conduce a disputar el buen combate.

V. E. Ordóñez

LIBROS DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE

Burnett Bolloten, **El gran engaño.** Edit. Luis de Caralt.

No se trata de un libro más sobre la guerra civil española. Se diferencia en dos aspectos de tantos y tantos escritos con mayor o menor buena fe acerca de lo que constituyó —hasta hoy— la única cruzada católica triunfante contra el comunismo en lo que va del siglo XX: su formidable documentación y su formidable honestidad. En ningún momento el autor toma partido, en ningún momento lo vemos apasionado. Su transcripción permanece impasible, fría si se quiere, pero siempre segura y fiel, con la fidelidad e impersonalidad de la fotografía. ¡Y luego su documentación! Con dificultad se puede admitir la posibilidad de acopio mayor de datos, de elementos de juicio. Cien mil periódicos, dos mil quinientos libros, centenares de documentos inéditos, más de veinte mil cartas recibidas o enviadas, innúmeras entrevistas, todo ello recopilado en más de una docena de países "a veces bajo circunstancias sumamente difíciles", como nos dice el autor. No se nos escapa que ante este "masivo acopio de material" —otra expresión de Bolloten— la dificultad intelectual y moral se trasladaba a su manejo, ya que semejante bibliografía requería una exigente síntesis, una depurada selección y elección. Bien se sabe que un dato, una cifra, una referencia o una cita —por textuales que sean— pueden decir exactamente lo contrario si los maneja con malicia, aislándolos de su complemento o de su antecedente. Bolloten utiliza la documentación reunida con inteligencia y honestidad sólo comparables con la paciencia y dedicación empleadas en su recopilación.

Más allá del valor historiográfico del libro de Bolloten, surge, y a eso habrá que atenerse de hoy en más en cualquier planteo táctico concreto frente al comunismo, una inapreciable, una riquísima experiencia con respecto al marxismo en acción, iluminado por su doctrina. Lo vemos actuar claramente como momento de la Revolución. Comprendemos cómo sin las etapas previas, el comunismo no hubiera sido; cómo, sin el liberalismo, sin el romanticismo menchevique, el marxismo se diluye en su vigencia, se torna necesariamente inactual, se evapora. No son palabras vanas éstas de la "Pasionaria" Dolores Ibarruri, que transcribe Bolloten en la página 105: "La revolución que se está desarrollando en nuestro país, es la revolución democrático burguesa, conseguida hace más de un siglo en otros países como Francia; y nosotros los comunistas, somos los combatientes de primera línea en esta lucha contra las fuerzas oscurantistas del pasado..." He aquí al comunismo haciendo un alto porque sus espaldas no están cubiertas, porque el camino no le está preparado: primero el orden liberal, luego el bolchevique, es el método de la Revolución.

Otro elemento para que mediten todos aquellos que se enfrentan con el peligro rojo es la inoperancia dialéctica del anarcosindicalismo —todo lo demoníaco que se quiera—. En la dinámica revolucionaria la etapa posterior al liberalismo, **necesariamente** será el comunismo, aun en su forma más atenuada, sin que pueda ser suplida por otras ideologías más radicales como lo es, aunque circunstancialmente, el anarquismo. La distancia que va del

anarcosindicalismo al comunismo es la misma que va de la emoción al sistema. Antes de destruir al hombre, hay que deformarlo; antes de ser marxista, hay que ser liberal.

Un tercer elemento de estudio y de atención es la conducta de la clase media —pequeños propietarios, comerciantes, pequeños y medianos agricultores—, es decir, el sustento social de la ideología liberal, lo que los marxistas llaman burguesía. Ante los embates del anarquismo, se vuelcan en forma casi masiva a engrosar, en busca de orden y seguridad, las filas del Partido Comunista, que en ese momento estaba empeñado en resguardar un orden social-político liberal, que los demás partidos republicanos abandonaban o no estaban en condiciones de defender. Ya no es una ideología liberal la que inspira este traspaso de la burguesía al partido que aparecía como expresión de la conciencia organizada de la clase obrera; es "el sentimiento" liberal el motor de esta actitud; es el mercantilismo, la prudencia de la carne, es el agnosticismo religioso, la mediocridad de los "posibilistas", el indiferentismo y el desprecio por los altos valores, es el desarraigo, es la cobardía, es el sensualismo y el apego a lo pequeño, es el amor desordenado al confort, es el egoísmo, es el olvido de Dios y de la Patria...

Como se ve por lo dicho —todo lo cual es acabadamente expuesto en el libro que venimos comentando—, en España, como en ninguna parte del mundo, no ha habido lucha de clases. La colectivización llevada a cabo en diversas zonas por el anarquismo, lo fue, en muchas partes, por la fuerza y contra la voluntad de los propios presuntos beneficiarios. La clase obrera española no participó, en cuanto tal, de las agudas etapas revolucionarias que se desarrollaban en territorio republicano; la clase media liberal y burguesa se vuelca al comunismo para que la defienda, precisamente, el partido que sueña con la dictadura del proletariado, con la colectivización de los medios de producción, con la abrogación de la propiedad.

Aunque no lo diga Burnett Bolloten, de su extraordinario estudio por tantos motivos recomendable, surge, con ineludible certeza, que en España un grupo de heroicos caballeros cristianos salvaron a la Cristiandad de una derrota que pudo haber sido irreparable. Por lo que, ellos merecen nuestro agradecimiento, nuestro recuerdo y nuestra esperanza.

V. E. O.

Correo Argentino Central B | TARIFA REDUCIDA Concesión nº 6250 | FRANQUEO PAGADO Concesión nº 1217

INDICE

Con las debidas licencias

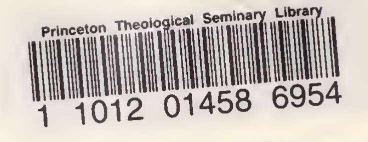
Director: **M. Roberto Gorostiaga**

Secretarios de Redacción: **Laura Panaccio y V. Eduardo Ordóñez**

Ejemplar: República Argentina, $ 40.— m/n. Exterior: 0,40 dólares
Suscripción anual: Argentina: $ 360.— m/n. Exterior: 3 dólares
Suscripción extraordinaria: $ 1.000.— m/n o 12.— dólares

Cheques y giros a la orden de VERBO
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

DOMINGO E. TALADRIZ, San Juan 3875, Bs. As.


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 6954

